HERMANASTRA

RBA MOLINO

JENNIFER DONNELLY

HERMANASTRA

Traducción de
Pilar Ramírez Tello

RBA

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, sucesos o lugares es totalmente casual.

Título original inglés: *Stepsister*.

© Jennifer Donnelly, 2019.

© de la traducción: Pilar Ramírez Tello, 2019.
© de esta edición: RBA Libros, S. A., 2019.
Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
rbalibros.com

© del arte de la cubierta: John Dismukes, 2019.
Diseño de la cubierta: Maeve Norton.
Adaptación de la cubierta: Lookatcia.com.

Primera edición: septiembre de 2019.

RBA MOLINO
REF.: MONL622
ISBN: 978-84-272-1769-0
DEPÓSITO LEGAL: B.16.748-2019

COMPOSICIÓN • EL TALLER DEL LLIBRE, S. L.

Impreso en España • *Printed in Spain*

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

PARA TODO EL QUE ALGUNA VEZ
HAYA DUDADO DE SU VALÍA.

Este es un cuento oscuro. Un cuento lúgubre.

Es un cuento de otra época, de un tiempo en el que los lobos esperaban a las niñas en el bosque, las bestias se paseaban por los salones de los castillos malditos y las brujas acechaban en casas de pan de jengibre con tejados espolvoreados de azúcar.

Esa época quedó atrás.

Sin embargo, los lobos siguen aquí y son el doble de listos. Las bestias, también. Y la muerte todavía se oculta en el polvo blanco.

Es un tiempo sombrío para cualquier niña que tome el sendero equivocado.

Más aún si la niña se pierde.

Sabed que es peligroso desviarse del camino.

Pero más peligroso es no hacerlo.

PRÓLOGO

Érase que se era y nunca más será, en una antigua ciudad junto al mar, tres hermanas que trabajaban a la luz de las velas.

La primera era una doncella. Su pelo, largo y suelto, era del color del sol de la mañana. Llevaba un vestido blanco y un collar de perlas. En sus esbeltas manos sostenía unas tijeras doradas que usaba para cortar tiras del mejor pergamino.

La segunda, una madre rolliza y fuerte, lucía un vestido carmesí y unos rubíes le adornaban el cuello. Su pelo rojo, tan intenso como un atardecer de verano, estaba recogido en una trenza. Sostenía una brújula de plata.

La tercera era una vieja jorobada y astuta. Su vestido era negro; su único adorno consistía en un anillo de obsidiana con una calavera grabada. Llevaba el cabello, blanco como la nieve, recogido en un moño. En sus dedos torcidos y manchados de tinta sostenía una pluma.

Los ojos de la vieja, como los de sus hermanas, eran de un gris inhóspito, frío e implacable como el mar.

Al oír un trueno repentino, alzó la vista de la larga mesa de madera a la que se sentaba y miró hacia las puertas abiertas del balcón. Una tormenta descargaba su furia sobre la ciudad. La lluvia azotaba los tejados de los grandes palacetes. Los relámpagos hendían la noche. En todas las torres de las iglesias, las campanas daban la alarma.

—Las aguas suben —dijo—. La ciudad se inundará.

—Estamos muy por encima del nivel del mar. No puede tocarnos. No puede detenernos —dijo la madre.

—Nada puede detenernos —añadió la doncella.

—Él puede —repuso la vieja, entornando los ojos.

—Los criados vigilan —dijo la madre—. No entrará.

—Quizá ya lo haya hecho —dijo la vieja.

Ante aquellas palabras, la madre y la doncella levantaron la mirada. Sus ojos cautelosos volaron por la habitación cavernosa, pero no vieron ningún intruso, solo a sus criados con capas y capuchas, ocupados en sus tareas. Aliviadas, regresaron a su labor, aunque la anciana siguió vigilante.

Las hermanas se dedicaban al oficio de la cartografía, pero nadie acudía nunca a comprar sus mapas, ya que no podían venderse a ningún precio.

Todos se dibujaban con suma exquisitez, usando las plumas de un cisne negro.

Todos se coloreaban con suntuosas tintas preparadas con mezclas de índigo, oro, perla molida y otras cosas... Cosas mucho más difíciles de encontrar.

Todos usaban el tiempo como unidad de medida, no la distancia, puesto que cada mapa trazaba el curso de una vida humana.

—Rosas, ron y perdición —masculló la vieja, que olisqueaba el aire—. ¿No oléis? ¿No lo oléis?

—No es más que el viento —la tranquilizó la madre—. Lleva consigo los aromas de la ciudad.

Sin dejar de mascullar, la vieja mojó la pluma en un tintero. Las velas titilaban en sus candelabros de plata mientras ella dibujaba el paisaje de una vida. Un cuervo, negro como el azabache y de ojos relucientes, descansaba sobre la repisa de la chimenea. Contra una de las paredes había un alto reloj de caja de ébano;

su péndulo, una calavera humana, se balanceaba despacio, adelante y atrás, contando los segundos, las horas, los años, las vidas.

La habitación tenía forma de araña. El espacio de trabajo de las hermanas, en el centro, era el cuerpo de la criatura. Largas hileras de imponentes estantes partían del centro como las numerosas patas de una araña. Las puertas de cristal que daban al balcón se encontraban en uno de los extremos del cuarto; un par de puertas de madera tallada acechaban al otro.

La vieja terminó su mapa. Acercó una barrita de cera roja de sellar a la llama de una vela y dejó que goteara sobre el pie del documento, para después apretar la cera con su anillo. Una vez que se hubo endurecido el sello, enrolló el mapa, lo ató con una cinta negra y se lo entregó a un criado. El criado, que portaba una vela para iluminar el camino, desapareció por uno de los pasillos para colocar el mapa en su estante.

Fue entonces cuando sucedió.

Otro criado, con la cabeza gacha, pasó entre la vieja y las puertas abiertas del balcón que tenía detrás. Al hacerlo, una ráfaga de viento sopló sobre él y bañó la habitación de un intenso aroma a humo y especias. A la vieja se le abrieron las aletas de la nariz. Se giró al instante.

—¡Tú! —exclamó mientras se abalanzaba sobre él. Su mano, que parecía una zarpa, lo agarró por la capucha. Al caer esta, vieron a un joven de ojos color ámbar, piel oscura y largas trenzas negras—. ¡Detenedlo! —siseó.

Una docena de sirvientes corrieron a atrapar al hombre, pero, al acercarse, otra ráfaga de viento apagó las velas. Cuando consiguieron cerrar las puertas y encenderlas de nuevo, lo único que quedaba del joven era su capa tirada en el suelo.

La vieja daba vueltas por el cuarto gritando a los criados. Con sus capas tras ellos cual alas, registraron las polvorientas filas de estanterías en busca del intruso. Un segundo después,

el hombre salió corriendo de detrás de uno de los estantes y se detuvo a poca distancia de la vieja. Siguió corriendo hacia las puertas de madera y, frenético, intentó abrirlas, pero estaban cerradas con llave. Maldiciendo entre dientes, se volvió hacia las tres hermanas, esbozó una sonrisa caprichosa y se inclinó ante ellas.

Iba vestido con una levita celeste, bombachos de cuero y botas altas. De una oreja le colgaba un aro de oro; de la cadera, un alfanje. Su rostro era tan bello como la alborada, y su sonrisa, tan cautivadora como la medianoche. Sus ojos prometían el mundo y todo lo que en él se encontrase.

No obstante, su belleza no impresionaba a las hermanas. Una a una, hablaron.

—Suerte —siseó la doncella.

—Riesgo —escupió la madre.

—Peligro —rugió la vieja.

—Prefiero Azar. Suena mejor —respondió el hombre, y les guiñó un ojo.

—Hacía mucho tiempo que no nos visitabas —dijo la vieja.

—Debería pasarme por aquí más a menudo —respondió Azar—. Siempre es un placer visitar a las Parcas. Sois tan espontáneas, tan impredecibles... Este sitio es una fiesta. Una bacanal en toda regla. Es taaan divertido...

Unos cuantos criados salieron de entre las estanterías, con los rostros rojos y sin resuello. Azar sacó el alfanje de su funda. La hoja reflejó el brillo de la luz de las velas. Los criados dieron un paso atrás.

—¿De quién es el mapa que has robado esta vez? —preguntó la vieja—. ¿Qué emperador o qué general ha suplicado tu favor?

Todavía con el alfanje en una mano, Azar usó la otra para sacarse un mapa de la levita. Tiró de la cinta con los dientes y le dio una sacudida al pergamino, que se desenrolló. Lo sostuvo en

alto. Mientras las tres mujeres lo miraban, sus expresiones pasaron de la ira al desconcierto.

—Veo una casa, la *Maison* Douleur, en la aldea de Saint-Michel —dijo la vieja.

—Es el hogar de... —dijo la matrona.

—Una muchacha. Isabelle de la Paumé —concluyó la vieja.

—¿Quién? —preguntó la doncella.

—¿Todo este lío por una simple muchacha? —preguntó la vieja, que miraba a Azar con atención—. No es nadie. No es ni bella ni ingeniosa. Es egoísta. Mala. ¿Por qué ella?

—Porque no puedo resistirme a un reto —contestó Azar. Después enrolló de nuevo el mapa con una mano, apoyándoselo en el pecho, y volvió a guardárselo en la levita—. Y ¿qué muchacha no elegiría lo que le ofrezco? —Se señaló, como si ni siquiera él pudiera creerse lo irresistible que era—. Le daré la oportunidad de cambiar su destino. La oportunidad de crear su propio camino.

—Idiota —dijo la vieja—. No entiendes nada de los mortales. Las Parcas trazamos el curso de sus vidas porque es lo que ellos desean. A los mortales no les gusta la incertidumbre. No les gusta el cambio. El cambio da miedo. El cambio es doloroso.

—El cambio es un beso en la oscuridad. Una rosa en la nieve. Un camino del bosque en una noche ventosa —respondió Azar.

—Los monstruos viven en la oscuridad. Las rosas mueren en la nieve. Las niñas se pierden en los caminos del bosque —repuso la vieja.

Pero nada disuadía a Azar. Enfundó el alfanje y extendió la mano. Como por arte de magia, una moneda dorada apareció entre sus dedos.

—Os propongo una apuesta.

—Vas demasiado lejos —gruñó la vieja mientras la ira se arremolinaba como una tormenta en sus ojos.

Azar le lanzó la moneda. Ella la atrapó en el aire y la dejó caer de golpe sobre la mesa.

La tormenta descargó su furia.

—¿Crees que con una moneda se paga lo que has desatado? —bramó ella—. Un señor de la guerra arrasa Francia. La muerte recoge una cosecha de huesos. Un reino se tambalea. ¡Todo por tu culpa!

Azar perdió la sonrisa. Su deslumbrante bravuconería vaciló durante unos segundos.

—Lo arreglaré. Lo juro —les aseguró.

—¿Con el mapa de... esa muchacha?

—Antes era valiente. Era buena.

—Tienes la cabeza más hueca que tus promesas —dijo la vieja—. Abre de nuevo el mapa. Esta vez, léelo. Mira lo que le ocurre.

Azar lo hizo. Sus ojos siguieron el camino de la muchacha por el pergamino. Se quedó sin aliento al ver su final..., las manchas y las sombras, las líneas violentas. Sus ojos buscaron los de la vieja.

—Este final... No es... No puede ser...

—¿Todavía te ves capaz de arreglarlo? —se burló ella.

Azar dio un paso hacia ella, con la barbilla alzada.

—Te ofrezco una apuesta arriesgada. Si pierdo, jamás volveré a este palacete.

—¿Y si pierdo yo?

—Me permitirás quedarme el mapa. Permitirás que la muchacha sea la que dirija sus propios pasos para siempre jamás.

—No me gusta ese riesgo —dijo la vieja. Después agitó la mano, y sus criados, que se habían estado acercando a Azar muy despacio, se abalanzaron sobre él. Algunos llevaban también alfanjes. Azar estaba atrapado. O eso parecía.

—No albergues esperanzas de huir, no las hay. Devuélveme el mapa —le ordenó la vieja, que alargó la mano.

—Siempre hay esperanza —respondió Azar, y se guardó el mapa otra vez en la levita.

Corrió unos cuantos pasos, dio una voltereta por encima de las cabezas de los criados y aterrizó sobre la mesa de trabajo con la gracia de una pantera. Después corrió por ella y, cuando llegó a su extremo, saltó al suelo y corrió hacia el balcón.

—¡Estás atrapado, canalla! —le gritó la vieja—. ¡Estamos a tres plantas de altura! ¿Qué vas a hacer? ¿Saltar por encima del canal? ¡Ni siquiera tú tienes tanta suerte!

Azar abrió de un tirón las puertas y se subió a la barandilla del balcón. Había dejado de llover, aunque el mármol seguía mojado y resbaladizo. El cuerpo se le movía adelante y atrás. Agitaba los brazos como un molinillo. Justo cuando parecía segura su caída, consiguió estabilizarse y mantener un precario equilibrio sobre las puntas de los dedos de los pies.

—El mapa. Ahora —le exigió la vieja.

La anciana había salido al balcón y estaba a poca distancia de él. Sus hermanas se le unieron.

Azar miró a las Parcas y después dio una voltereta en el aire. La vieja dejó escapar un grito ahogado y corrió a la barandilla, con sus hermanas pisándole los talones. Esperaban verlo ahogarse en las revueltas aguas de abajo.

Pero no fue así. Estaba tumbado boca arriba, acunado en el toldo de una góndola. La barca se balanceaba con violencia de un lado a otro, pero Azar estaba bien.

—¡Reme, mi querido amigo! —le pidió al gondolero. El hombre obedeció. La barca se alejó del *palazzo*.

Azar se sentó y lanzó a las Parcas una mirada que brillaba más que un diamante.

—¡Ahora tenéis que aceptar la apuesta! ¡No tenéis elección! —gritó.

La góndola se hacía cada vez más pequeña a medida que se alejaba por el canal. Un instante después, tomó una curva y desapareció.

—Este asunto no es nada bueno —comentó la vieja en tono lúgubre—. No podemos permitir que los mortales tomen sus propias decisiones. Cuando lo hacen, el resultado es desastroso.

La doncella y la madre regresaron al interior de la habitación. La vieja las siguió.

—Preparad un baúl —le ladró a un criado—. Necesitaré plumas y tintas... —Su mano flotó por encima de las botellas de la mesa. Se decidió por un ébano intenso—. «Miedo», sí. «Celos» también me resultará útil —añadió mientras seleccionaba un verde venenoso.

—¿Adónde vas? —preguntó la doncella.

—A la aldea de Saint-Michel.

—¿Vas a evitar que Azar se gane con su sonrisa a la muchacha? —preguntó la madre.

La vieja suspiró con tristeza.

—No, no puedo. Pero haré lo que siempre hemos hecho las Parcas: evitaré que a la muchacha le sonría el azar.

UNO

En la cocina de una gran mansión, una muchacha estaba sentada con un cuchillo en la mano.

Se llamaba Isabelle. No era guapa.

Acercó la hoja del cuchillo a las llamas del fuego que ardía en la chimenea. Detrás de ella, tirada en otra silla, semiinconsciente, estaba su hermana Octavia.

El rostro de Octavia exhibía una palidez mortal. Tenía los ojos cerrados. La media que le cubría el pie derecho, antes blanca, ahora estaba roja de sangre. Adélie, la vieja niñera de las hermanas, se la quitó y ahogó un grito. El talón de Octavia había desaparecido. La sangre brotaba de la fea herida que ocupaba su lugar y se encharcaba en el suelo. Aunque la joven intentó reprimirlo, se le escapó un gemido de dolor.

—¡Calla, Tavi! —la regañó *maman*—. ¡Que te va a oír el príncipe! Solo porque tú hayas perdido tu oportunidad no significa que tu hermana deba perderla también.

Maman era la madre de las chicas. Estaba de pie junto al fregadero, lavando la sangre de un zapato de cristal.

El príncipe había llegado a su casa en busca de la dueña del zapato. Tres días antes se había pasado toda la noche bailando con una joven preciosa en una fiesta de disfraces, y se había enamorado de ella. Sin embargo, cuando el reloj dio las doce, la joven huyó dejando atrás como único recuerdo un zapato de cristal. El príncipe juró casarse con la dueña del zapato. Con ella y con nadie más.

Maman estaba decidida a que una de sus hijas fuera aquella muchacha. Había recibido al príncipe y su séquito en el vestíbulo, y le había solicitado permiso para que Isabelle y Octavia se probaran el zapato en la intimidad, por respeto a la modestia de

las doncellas. El príncipe había aceptado. El gran duque le había ofrecido a *maman* un cojín de terciopelo, y ella había cogido con cuidado el zapato y se lo había llevado a la cocina. Sus hijas la siguieron.

—Deberíamos haber calentado la hoja para Tavi —se lamentaba ahora su madre—. ¿Por qué no se me habrá ocurrido antes? El calor abrasa los vasos sanguíneos. Detiene la hemorragia. En fin, a ti te irá mejor, Isabelle.

Isabelle tragó saliva.

—Pero, *maman*, ¿cómo voy a caminar? —preguntó sin alzar la voz.

—¡Niña tonta! No te hará falta. Irás en una carroza dorada. Los criados te subirán y te bajarán.

Las llamas lamían la hoja plateada, que se puso roja. Isabelle, muerta de miedo, abrió mucho los ojos. Recordó a un semental, ya perdido, al que quería mucho.

—Pero, *maman*, ¿cómo voy a galopar por el bosque?

—Ha llegado el momento de olvidarse de las ocupaciones infantiles —respondió su madre mientras secaba el zapato—. Estoy en la bancarrota por haber intentado atraer pretendientes para tu hermana y para ti. Los vestidos bonitos y las joyas buenas cuestan una fortuna. La única esperanza de una joven en esta vida es encontrar un buen marido, y no hay mejor partido que el príncipe de Francia.

—No puedo hacerlo —susurró Isabelle—. No puedo.

Maman dejó el zapato de cristal. Se acercó a la chimenea y tomó el rostro de Isabelle entre las manos.

—Escúchame, niña, y escúchame con atención. El amor es dolor. El amor es sacrificio. Cuanto antes lo aprendas, mejor.

Isabelle cerró con fuerza los ojos. Negó con la cabeza.

Maman la soltó. Guardó silencio un momento. Cuando por fin habló, su voz era fría, pero sus palabras hervían.

—Eres fea, Isabelle. Sosa. Más tosca que una hogaza de pan. Ni siquiera logré convencer al zoquete patizambo del hijo del maestro para que se casara contigo. Ahora tenemos a un príncipe al otro lado de la puerta, ¡un príncipe, Isabelle! Y lo único que debes hacer para conseguirlo es cortarte unos cuantos dedos. Nada más que unos cuantos dedos inútiles...

Maman blandía la vergüenza como un asesino blande una daga y la clavaba justo en el corazón de su víctima. Ganaría; siempre ganaba. Isabelle lo sabía. ¿Cuántas veces se había cortado alguna parte de sí misma porque se lo pedía su madre? La parte que se reía demasiado fuerte. La que cabalgaba demasiado deprisa o saltaba demasiado alto. La parte que deseaba repetir, servirse más salsa o comerse un trozo de tarta más grande.

«Si me caso con un príncipe, seré una princesa —pensó Isabelle—. Y, algún día, la reina. Y nadie volverá a atreverse a llamarme fea».

Abrió los ojos.

—Buena chica. Sé valiente. Sé rápida —dijo *maman*—. Corta por la articulación.

Isabelle sacó la hoja de las llamas.

E intentó olvidar el resto.

DOS

El dedo pequeño fue el más difícil.

Lo que no la sorprendió. A menudo son las cosas pequeñas las que más duelen: una mirada fría, una palabra cortante, unas risas que se interrumpen cuando entras en la habitación...

—Sigue —la urgió su madre—. Piensa en lo que ganaremos: ¡un príncipe para ti, puede que un duque para Tavi y un hogar para todas nosotras en el palacio!